

ALUMNOS Y PROFESORES

LAS TRIBULACIONES DE UN «ALMA MATER»

RAMIRO CRISTOBAL

UN buen día, la Universidad española se levantó de un largo sueño, intentó coger la utopía y ésta resultó tener el ceño fruncido, segundos antes de desvanecerse en el aire. Así, aquel *alma mater*, aguerrida y terrible, descubrió que algo se le había roto por dentro.

Nada volvió a ser como antes. Los jóvenes cachorros de la revolución, que pasaron por los años sesenta perdiendo miedos y prejuicios a toda prisa, se encontraron con una triste calvicie incipiente y con mucha más pena que gloria. Sus maestros liberales, sus maestros demócratas, sus maestros socialistas, se marcharon hartos o se escondieron llenos de miedo. Cuando murió el hombre de la casa, el caballo y la pistola, hubo un silencio como por espacio de media hora. Después no se oía más que «No es eso, no es eso».

¡Quién lo hubiera dicho! Unos pocos años antes se pensaba que un país gobernado por el pueblo debería estar sometido a la razón y que ésta debía tener su cuartel general en la Universidad. Los estudiantes habían dado la vuelta al aparato propagandístico franquista con la mirada puesta en el futuro. En Políticas se leía desesperadamente mucho más allá de los textos académicos: día vendría en que los conocimientos autodidactas servirían para ponerles a disposición del pueblo. Y en Económicas se creía en la planificación, la racionalidad y las nacionalizaciones. Y en Derecho, en un nuevo Código Civil y Penal; y en Arquitectura, en una hábitat más humano, y en Biológicas, en un nuevo hombre y una nueva naturaleza. Al final, todo se quedó en una suave nostalgia de tiempo perdido.

Hoy, según nos dicen, es muy difícil creer en algo que no sea la propia supervivencia. Tácitamente, se piensa que el que quiera hacer política que se vaya a hacerla a la calle. Los pasillos están llenos de jóvenes de buena familia, —más o menos las mismas de antes— que rumian su mala estrella, sin grandes sobresaltos político-policiales.

Y, sin embargo, estudian más en una Universidad académicamente más competente que la de sus mayores. Muy pocos de ellos, como suele suceder en estos casos, tienen la más mínima idea de lo que hubo que luchar para poner medianamente boca arriba el peor caos cultural que puede imaginarse. Y, seguramente, si lo supieran tampoco tendrían mucho que agradecerles por lo que les hemos legado.

De lo que sí se dan cuenta es de que, por mucho que se esfuercen, van a tener que sudar sangre para conseguir un empleo. Hoy, el gran drama de la Universidad española es la contemplación sádica o masoquista de esos jóvenes que sin esperanza ninguna se esfuerzan por ser buenos muchachos y aprobar a la primera. Y cuanto más prisa se den en acabar la carrera, antes se darán de manos a boca con el paro inexorable.

En cuanto a sus profesores son también mejores en casi todos los casos. Investigan con seriedad y en muchos casos están a la altura de cualquier Universidad del mundo. Cerrando los ojos al mundo que les rodea, exigen a sus alumnos. Y vaya usted a saber cómo tranquilizan sus conciencias. Y cómo las tranquilizarían si no lo hicieran así.

En fin, sobre aquellos estudiantes de los sesenta, que prácticamente no tenían Universidad, y éstos de ahora, que lo único que tienen es precisamente eso, ha pasado el rasante de quince años de baches y sinuosidades. Los hombres que contribuyeron a cambiar este país desde la Universidad fueron poderosos motores que se agotaron en su propio impulso; los universitarios de los ochenta son, casi siempre, hermosas carrocerías, sin energía motriz. Y así son las cosas.

Con los libros bajo el brazo

Esta Universidad española que trata de recuperar su identidad perdida,

tiene nombres y apellidos. Son sus miles de alumnos, la juventud en principio con más posibilidades de actuación sobre la sociedad, la que debe ser conocida. Precisamente para tratar de ella hemos hablado con algunos de sus profesores, personas de muy variado talante ideológico y profesional que, sin embargo, curiosamente, han mantenido posiciones muy similares en determinados asuntos. Han sido éstos:

— Salustiano del Campo Urbano, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense.

— Cayetano López Martínez, profesor agregado de Física Matemática de la Autónoma de Madrid.

— Fernando González Bernaldez, catedrático de Ecología en la Facultad de Biológicas de la Autónoma de Madrid.

— Juan Velarde Fuertes, catedrático de Estructura Económica de la Complutense.

Los universitarios de los sesenta

Algunos de los profesores entrevistados eran estudiantes en los conflictivos años sesenta; otros eran ya catedráticos. Sus recuerdos de esa época son significativos por demás, aunque, por lo general, declaran que el grado de conflictividad de la Universidad española fue creciendo paulatinamente hasta la muerte del dictador, sin que el año de 1968 sea el punto álgido ni mucho menos.

«Yo regresé de Estados Unidos a principio de los años sesenta y ya, desde entonces, estuve ligado a la Facultad de Ciencias Políticas que por la propia naturaleza de sus estudios tenía un alto grado de politización, más aun que la Facultad de Derecho, que ya lo tenía alto. En Madrid, y por esta época, a pesar de que ya apuntaban las tensiones, aún se mantenía un ritmo de trabajo importante» (Salustiano del Campo).

«En mi especialidad de Física y Ma-



«Aquellos estudiantes de los sesenta prácticamente no tenían Universidad y estos de ahora lo único que tienen es precisamente eso.»

temáticas, en la Facultad de Ciencias en general, el sentimiento que teníamos los estudiantes, por este tiempo, era de que los profesores no valían nada. A veces injustamente teníamos la impresión de que sus enseñanzas eran obsoletas y sin interés. Así pues, los estudiantes tratábamos de superar, por nuestro propio esfuerzo, lo que no se nos enseñaba» (Cayetano López).

«Biológicas tuvo una época de autenticidad vocacional. En los años sesenta había por lo menos un grupo de cierta importancia que estudiaba con gran ilusión. Sin duda se pensaba que era bueno ejercer de científico y que esto contribuía, de alguna manera, a la mejora de la sociedad. Era, por así decirlo, un ejercicio de acuerdo entre la conciencia ética del individuo y su futura profesión. Hubo por aquella época, más o menos, estudiantes tan destacados hoy como García Bellido o Miguel Morey» (González Bernáldez).

«Yo gané la cátedra de Estructura Económica en la Universidad de Barcelona en 1960. Cuando llegué allí, por cierto que el delegado de curso era Ernest Lluch, me encontré con un grupo muy crítico, muy radicalizado si se quiere, pero también muy serio a la hora de trabajar. Se daba el caso de

que los hombres que más se distinguían en su oposición al régimen eran gente que estudiaba más y mejor que los demás. A través de seminarios y trabajos enriquecían sus estudios de manera apreciable. Ocurrió, además, algo muy importante: apareció el sentimiento de utopía, que hoy se ha perdido. En aquel momento, se veía no sólo un desarrollo considerable, sino, además, la posibilidad de hacer algo, de producir un cambio en la sociedad. De hacer algo nuevo, de modelar el mundo como mejor supiéramos» (Juan Velarde)

La oposición al franquismo

Aquella generación del sesenta tuvo un denominador común: su oposición decidida a la dictadura, y dentro de la Universidad, al Sindicato Universitario (SEU). He aquí cómo nació ese fermento de rebeldía en los universitarios de la época.

«Los estudiantes de los sesenta, se decían a sí mismos, sin duda, que estaban ante un periodo histórico: «Vamos hacia la aurora —pensaban—, vamos a construir una sociedad nueva, algo ra-

biosamente nuevo.» Aun la gran masa menos politizada se unía a la protesta y a la contestación, porque de alguna manera participaba de este sentimiento» (Juan Velarde).

«En Barcelona me encontré que nacía de manera bastante aguda el conflicto contra el SEU. Y desde dentro, porque el jefe del SEU en aquella época era Narcís Serra, hoy alcalde socialista de Barcelona. También eran estudiantes o profesores jóvenes, personas como Ernest Lluch. Quiero decir que, por entonces, existía en Barcelona una politización entroncada con una conciencia nacionalista. Cuando volví a Madrid en 1967 ya había grandes problemas; un año más tarde dimitía Lora Tamayo en Educación y se le da el cargo a Villar Palasi. Sus medidas para salvar la situación tuvieron gran repercusión en el futuro y no desde luego positiva» (Salustiano del Campo).

«Había una gran ilusión por aprender. Muchos tuvimos que ir al extranjero durante el verano y comprar libros relacionados con la Física o las Matemáticas; Einstein, Russell, lo que fuera. Luego volvíamos y enseñábamos a los compañeros lo que se leía por ahí fuera y lo que no nos enseñaban a nosotros» (Cayetano López).

EL CUADERNO DORADO

Hijos de la burguesía

El origen social de los estudiantes fue una de las reivindicaciones de los estudiantes en los años sesenta. Se quería una Universidad más popular, abierta a los hijos de los trabajadores, aunque, paradójicamente, esta protesta era llevada adelante por los hijos de la burguesía. Con el tiempo se ha conseguido en parte aunque, desde luego, no del todo.

«Hasta los años sesenta los estudiantes se dividían en dos grandes grupos: los hijos de la burguesía acomodada que querían sacar un título por prestigio de clase; los jóvenes pertenecientes a la clase media baja, que se orientaban hacia las oposiciones. Con la prosperidad de los años sesenta ocurren varias cosas: la primera es que las oposiciones pierden importancia ante la mayor facilidad para encontrar trabajo, la segunda es el enorme aumento de las mujeres estudiantes. En realidad provenían de las mismas familias, pero ahora ya no sólo iban los chicos a la Facultad, sino también sus hermanas. Así pues, estas tres características socioeconómicas caracterizan la Universidad de los sesenta: mayor facilidad en la colocación, feminización y lucha contra el régimen que, con el tiempo y a través de complicados mecanismos, acaba por convertirse en lucha contra los profesores numerarios y particularmente los catedráticos». (Salustiano del Campo).

«A Física y Matemáticas venían gentes de extracción más humilde que a otras carreras. Para empezar, muchos de los que seguían estudios de Exactas eran «rebotados» de Ingeniería. Si allí no les admitían terminaban por venir a nuestra Facultad. Solía ser gente que había sido buena en matemáticas durante el bachillerato y que por una u otra causa no se dejaba seducir por el prestigio de las escuelas especiales. En mi opinión ni antes ni ahora vienen a la Universidad los hijos de obreros manuales. Por entonces íbamos los hijos de la pequeña burguesía, cuyos padres eran maestros, pequeños industriales, médicos y algunos procedían de zonas rurales, aunque su padre tuviera allí algún dinero». (Cayetano López).

«Biológicas tuvo siempre un cierto prestigio como Facultad liberal. Por ciertas razones se consideraba que había sido el feudo de la Institución Libre de Enseñanza y se pensaba que de alguna manera continuaba la tradición. Yo tengo duda de que hoy las teorías sociales derivadas de la biología sean progresistas, pero en aquel tiempo, en

España sí lo eran sin duda. Ante una sociedad anticientífica y supersticiosa aparecía como una disciplina laica en la que se estudiaba, por ejemplo, a Darwin. Algunos compañeros míos, que eran curas, decían que estudiaban Biológicas para refutar mejor a Darwin» (González Bernáldez).

Los padres del 68

Aunque se suelen considerar los años sesenta como los de mayor actividad en la contestación estudiantil, el testimonio de los que vivieron la Universidad de los años cincuenta puede ser interesante. Fueron estos estudiantes los que cuando llegó la década siguiente la vieron pasar desde sus mesas de profesores o catedráticos.

«Yo empecé Económicas el año de su fundación. Eramos mil matriculados en primero entre los cuales había de todo, era un *totum revolutum*. Allí había un rector de Universidad, Sabino Álvarez Cendón, de Oviedo; coroneles del Ejército, abogados y profesionales de otras ramas. El que más o el que menos se había acercado a Económicas para obtener un título más o a ver qué pasaba. El inolvidable Valentín Andrés Álvarez decía, en broma, que la gente se había matriculado porque había una cola. Eran los años de escasez y la gente tenía el reflejo condicionado de ponerse a todas las colas que veía al paso. Así, que percibieron una cola ante una ventanilla y acabaron de estudiantes de Económicas». (Juan Velarde)

«Yo puedo recordar bien cómo eran los estudiantes entre 1948 y 1955. Eran cursos muy masificados y había muchas dificultades para seguirlos, pero a partir de los años cincuenta y pocos entra gente joven y valiosa. Yo me fui en 1955 y no pude presenciar los sucesos de febrero de 1956, cuando la Universidad española sufre un choque político fundamental. A partir de entonces las cosas variaron y ya no volvieron a ser lo que eran». (Salustiano del Campo).

Lo que pasó después

A medida que se acerca la muerte del general Franco la Universidad se radicaliza, la gran ruptura viene con la aparición de la democracia. Esta es la explicación del proceso:

«En España el año de 1968 no tuvo gran importancia. Posteriormente, la lucha seguirá hasta 1975 y en mi opi-

nión son fechas mucho más importantes para la Universidad las de 1956 o la del encierro en el convento de los Capuchinos de Sarriá, que creo fue en 1966 ó 67. Lo que ocurrió durante los años que hablamos fue lo siguiente: se había creado, a partir de la ley de Villar Palasi, el cuerpo de profesores no numerarios, que por su edad y condiciones se hallaban más cerca de los alumnos que de los profesores. Ellos fueron realmente la vanguardia de la lucha estudiantil: eran sus líderes. Tras la muerte de Franco el movimiento de PNN se debilita mucho. Unos, por razón de edad, ganan oposiciones a cátedras, y otros, entre los más valiosos, pasan a la política activa. Eran profesores (no sé si sigue dando alguno clase) personas como Bofill del PSOE, Curiel del PCE, Herrero de Miñón que ha sido de UCD y Jorge Verstrynge de AP, por poner algunos ejemplos. Así, con esta disolución del cuerpo de PNN el movimiento estudiantil sufrió considerablemente». (Salustiano del Campo).

«Yo tuve enormes problemas como estudiante y luego como PNN. Eran los tiempos de Julio Rodríguez, primero rector y luego ministro. Cuando era PNN fui uno de los expulsados de mi Facultad. Yo me fui a Francia y volví en 1975, pero sé que hubo unos años muy malos, académicamente hablando, a fines del franquismo. No se daban apenas clases y había que dar aprobados generales. Así, los alumnos se colocaban en tercero o cuarto y ya no les iban a no aprobar. Los años entre 1974 y 1977 fueron malos científicamente hablando, y es cierto que el movimiento de PNN se disolvió, pero yo no creo que los profesores no numerarios fueran la vanguardia de la inquietud estudiantil, sino al revés, que los estudiantes más inquietos se hicieron PNN». (Cayetano López).

«En 1974 tanto los profesores como los alumnos tuvieron un mal momento. Respecto a los primeros no se sabe por qué hubo una brusca caída en las ayudas para investigación que acabó con el poco espíritu que aún mantenían. Respecto a los segundos se encontraron con un futuro incierto y con el principio del fantasma del paro que acabaría, en pocos años, con sus sueños. Fue una época terrible de la que apenas nos estamos recuperando». (González Bernáldez).

Los universitarios de los 80

Hay que reconocer que los profesores no ven con malos ojos la Universi-



«En España, el año 68 no tuvo gran importancia; posteriormente, la lucha seguiría hasta 1975; son fechas mucho más importantes para la Universidad las de 1956 o la del encierro en el Convento de los Capuchinos de Sarriá. El cuerpo de profesores no numerarios fueron realmente la vanguardia de la lucha estudiantil.»

dad de los años 80. A pesar de lo que suele pensarse es una Universidad en la que unos años de tranquilidad social han conducido a un mayor nivel intelectual y científico y a una normalización de la vida académica.

«Ahora, como siempre, hay dos grupos de alumnos. La mayoría, que estudia para conseguir un aprobado, y el grupo especial, que si antes unía inquietudes intelectuales y políticas, ahora centra su aspiración en ser un buen técnico comercial del Estado o un buen agente de cambio y Bolsa. Hoy está alejado de inquietudes sociales y adopta un talante un poco clínico, al estilo de los viejos filósofos» (Juan Velarde).

«La Facultad de Biológicas es, posiblemente, en una de las que más se manifiesta el paro. Esto es algo que marca a la Facultad y que se traduce en una actitud resignada por la que se sabe que al terminar la carrera no vas a poder, probablemente, trabajar en ningún lado» (González Bernáldez).

«Hoy la Universidad es mejor, académicamente hablando, que lo ha sido nunca. El nivel de la enseñanza y de la investigación es mucho mayor. Cierto que hay menos inquietudes y que muchos estudiantes no saben para qué estudian, pero hay que reconocer la rea-

lidad de las cosas» (Cayetano López).

«Yo no creo que los estudiantes militen en ningún partido político. Es más, opino que consideran risible y ridículo el que alguno de sus compañeros lo haga. Tanto si es en el PSOE y mucho más si es en UCD» (Juan Velarde).

«Hoy, los estudiantes estudian y lo hacen como no lo han hecho nunca. No quiere decir que lo hagan mejor porque los de los años 60 eran gente que sabían para qué estudiaba y hoy probablemente no. Los de ahora son, si se quiere, más rituales, pero ya no se sientan, y aunque son pasivos ya no se dejan dirigir. Por cierto que ante la tremenda situación de paro han vuelto a ponerse en auge las oposiciones» (Salustiano del Campo).

«Los estudiantes estudian mucho. La gran tragedia es que a los mejores de cada curso apenas podemos ayudarles a realizar una tarea de investigación. En mi Facultad el número de becas anuales no pasa de dos o tres para más de un millar de alumnos» (González Bernáldez).

El trauma del paro

Según los cálculos más benévolos un 12 por 100 de licenciados no encuen-

tra trabajo. Porcentaje que se acentúa, notablemente, en ciertas facultades. Si el desencanto político es visible, la aparición del paro ha terminado de hundir las esperanzas de los estudiantes.

«Poco a poco, los estudiantes van teniendo una conciencia más clara de la contradicción que existe entre estudiar y luego no tener salida laboral. Por eso en la década de los ochenta tendrá que ocurrir algo. Así no se puede continuar y hay que tener algún mecanismo de control para que los estudiantes entren y salgan de la Universidad. Hoy, los universitarios tratan de vivir de subempleos o, como ya he dicho, han vuelto a las oposiciones. Cuando esto quede también desbordado ya no se qué harán» (Salustiano del Campo).

«Esta es una situación podrida. Los estudiantes estudian y los profesores les exigimos. Pero luego todos tenemos que reconocer que no hay salidas. Por otro lado, las becas disminuyen año tras año y casi el único sitio de colocación es la propia Facultad, con lo que se produce el absurdo de que estamos formando gente en la Facultad que se queda en ella, con lo que no se enriquece en absoluto la sociedad» (Cayetano López).

«Yo, a veces, cuando estoy explicando, me pregunto para qué sirve lo

EL CUADERNO DORADO

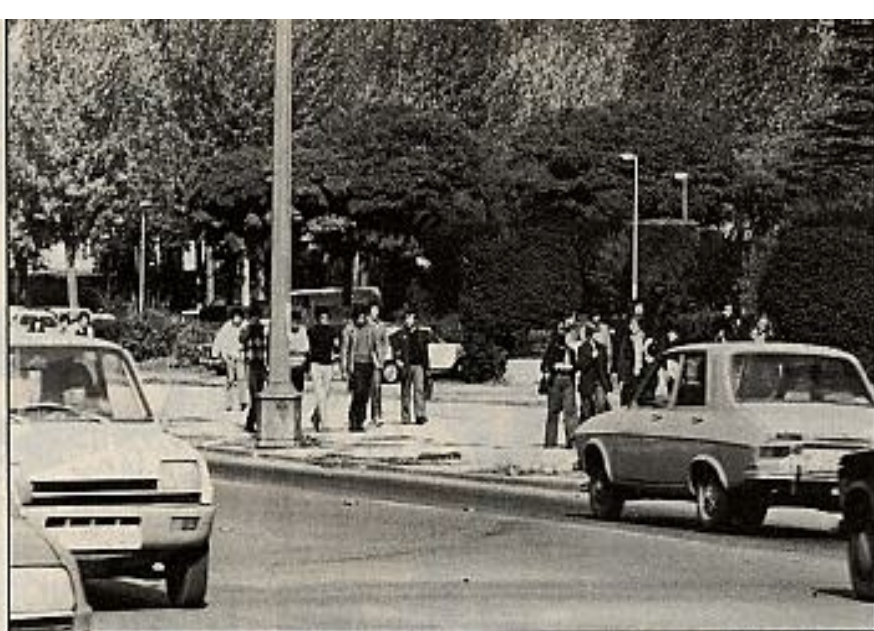
que estoy haciendo, qué vamos a sacar aquella gente que me escucha (los alumnos) y yo de estudiar aquellas cosas. La verdad es que me consuelo pensando que es absurdo que esto continúe siendo así y que algún día tendrá que cambiar. Te planteas que esta situación irracional es coyuntural, aunque veas que la dimensión de la tragedia, hoy por hoy, es tremenda». (González Bernáldez).

Así ven la Universidad

Resulta interesante la visión que los catedráticos tienen de su Universidad. Es particularmente significativa la progresiva conciencia que tienen de las relaciones con la nueva Administración democrática.

«En la Administración no hay quien se ocupe de nosotros. Ni siquiera quien tenga interés o conocimientos suficientes para potenciar la investigación en Física Matemática. Desgraciadamente los políticos que proceden de nuestro campo están a muy poco nivel científico. Por ejemplo, Sancho Rof es físico, no es porque haya sido ministro, pero ya de antes no se le consideraba como científico». (Cayetano López).

«La Administración no se toma en serio la Ecología. Lo más que hay, es un cierto esnobismo de demostrar interés por la naturaleza y por el medio ambiente. Aquí se hace una política ecológica de esperpento. Nada se tra-



RAMÓN RODRÍGUEZ

«Esta es una situación podrida: los estudiantes estudian y los profesores les exigimos, teniendo que reconocer que, de todas formas, no hay salidas.»

duce en realidades. Yo creo que las autoridades no sólo tienen miedo de enfrentarse a determinados intereses económicos o industriales, sino que les falta convicción propia» (González Bernáldez).

«Desgraciadamente yo no creo que la democracia haya traído interés por mejorar la Universidad, sino por controlarla. Hoy, la Universidad ha dejado de ser un lugar que genere política para convertirse en objetivo político de los partidos. De hecho la LAU es una ley para poseer o repartirse la Universidad» (Salustiano del Campo).

«En este momento, el paro, las tensiones económicas en general, han hecho que los alumnos estén tan preocupados en su supervivencia que se han despreocupado de lo demás. En cuanto

a los profesores centran su preocupación en problemas de organización. Ahora, la Universidad se está mirando tanto en sí misma, que tengo mis dudas de si está dando ideas atractivas que sean válidas para la vida del país». (Juan Velarde).

«La característica general de la Universidad es su heterogeneidad. Hay universidades de nivel excelente junto a otras decimonónicas. Y dentro de una misma Universidad, facultades con niveles y características también de gran diversidad. Profesores muy modernos y progresivos coinciden con hombres de otra época. Esa es a mi juicio la característica fundamental de la Universidad española: su enorme heterogeneidad» (González Bernáldez). ■

DE PROFESION UNIVERSITARIO

La profesión de universitario, docente y discente, es hoy oficio a ejercer con la fe del carbonero. Resulta curioso que, por lo que yo conozco, los profesionales de este país, de hace cinco siglos o de ahora mismo, tienen la clara sensación de vivir en un caos cuidadosamente mantenido. En la serie de reportajes que he venido haciendo con el título de «El cuaderno dorado» tanto los médicos, como los policías o los catedráticos dicen que realizan su labor a nivel individual y con la clara conciencia de que nunca será apreciada y difícilmente apoyada desde el poder político o la propia sociedad.

Los médicos creen que la organización sanitaria es demencial, pero curan a quien pueden; los policías gruñen contra el Ministerio del Interior, pero detienen a los delincuentes que pueden; los catedráticos saben que la Educación superior no vale nada, pero siguen enseñando.

Este es un país imposible, en el que todos tenemos alguna culpa, pero en el que la mayor parte de ella corresponde al poder. A ese entramado de poderosos del dinero y la influencia que parecen estar siempre tan ocupados en sus propias cosas que suelen olvidarse de lo que deben a los demás.

Hoy por hoy, ya queda dicho, los estudiantes universitarios tienen un doble camino y ambos cegados. El primero es el del compromiso social y político, del que se sienten desilusionados. El segundo es el de la promoción profesional, vía horas de estudio. Y éste está cortado por el paro y la crisis económica.

Por lo que se refiere a los profesores deben hacer diariamente examen de conciencia para poder seguir adelante. Claro está que los duelos con pan son menos y muchos catedráticos reúnen sustanciosos emolumentos a fines de mes. Otros, en cambio, dedican toda su actividad a dar sus clases y a investigar; en este caso, los sueldos son relativamente modestos y habría que creer que sus satisfacciones espirituales compensaban la diferencia.

Habría que creerlo si fuera posible admitir como reales cosas tan loables como la huella que deja uno en los demás y la contribución al progreso.

Por lo demás, los profesores pasan largas horas de su vida luchando con los interventores para que les concedan quinientas pesetas de los fondos de investigación. Un billete de tren para ir a una ciudad vecina puede ser la guerra de la burocracia.

Y esta es, punto más o menos, la historia de una profesión que siempre ha estado entre ceja y ceja del poder. Por algo será. ■